

Aprendemos métrica con
La historia interminable



La voz del silencio

Después de haber andado así quién sabe cuánto tiempo, percibió finalmente a lo lejos un sonido flotante y se quedó inmóvil escuchándolo. El sonido se acercó: era una voz que cantaba, muy bella y argentina y alta como la de un niño, pero que sonaba infinitamente triste e incluso parecía a veces sollozar. Aquella canción lastimera corría entre las columnas, veloz como una ráfaga de viento, se inmovilizaba luego en cualquier lugar, subía y bajaba, se aproximaba y se iba, y a Atreyu le parecía como si describiera amplios círculos. No se movió y aguardó.

Poco a poco, los círculos que la voz trazaba en torno a Atreyu se hicieron más pequeños y él pudo comprender las palabras de la canción:

«Todo una vez solamente acontece
y una vez sí deberá suceder.
Lejos, allí donde el campo florece,
debo morir y desaparecer...»

Atreyu se volvió, siguiendo a la voz que se agitaba inquieta entre columnas, pero no pudo ver a nadie.

–¿Quién eres? –gritó.

Y, como un eco, la voz volvió:

–¿Quién eres?

Atreyu reflexionó.

–¿Quién soy? –murmuró–. No podría decirlo. Me parece que alguna vez sí que lo he sabido. Pero, ¿es tan importante?

La voz cantarina respondió:

«Si quieres hablarme en secreto,
recita un poema completo.
Aquello que no escucho en verso
lo entiendo de un modo diverso...»

Atreyu no estaba muy acostumbrado a hacer rimas ni versos, y le pareció que la conversación iba a resultar un tanto difícil si la voz sólo podía entender lo que rimaba. Tuvo que cavilar un rato antes de producir esto:

«En verso, si lo prefieres,
quisiera saber quién eres.»

E inmediatamente la voz respondió:

«¿Quieres saber quién es quien?
Yo te comprendo muy bien.»

Y luego cantó, desde otra dirección distinta:

«Gracias amigo, cuyo esfuerzo presencio.
Bienvenido seas del modo más serio.
Yo soy Uyulala, la voz del silencio,
voz del Palacio del Profundo Misterio.»

Atreyu se dio cuenta de que la voz sonaba unas veces más fuerte y otras más débil, pero sin cesar nunca por completo. Hasta cuando no cantaba o cuando hablaba él, flotaba siempre a su alrededor, en un tono constante.

Como el sonido se iba alejando lentamente, Atreyu corrió detrás y preguntó:

«Dime, Uyulala, ¿me oyes todavía?
No puedo verte y bien me gustaría.»

La voz le susurró al oído al pasar:

«Nunca ha ocurrido
que alguien me viera.
Soy un latido
siempre a la espera.»

—Entonces, ¿eres invisible? —preguntó Atreyu. Sin embargo, al no recibir respuesta, recordó que tenía que preguntar en verso y dijo:

«¿Así que eres invisible?
¿O eres también insensible?»

Se oyó un pequeño tintineo, que podía ser una risa o un sollozo, y la voz cantó:

«Sí y no y cara y cruz,
según y cómo se mire.
Nunca aparezco a la luz
para que nadie se admire.
Mi cuerpo es acento y tono
pero solamente audible,
y esta voz con que razono
es mi único ser posible.»

Atreyu se maravilló y avanzó cada vez más por el bosque de columnas, siguiendo a la voz. Al cabo de un rato tenía preparada otra pregunta:

«No sé si te entiendo bien.
Tu figura, ¿es sólo ruido?
Y, cuando cesa el sonido,
¿entonces ya no eres quién?»

Y oyó la respuesta, otra vez muy cercana:

«Cuando la canción acabe,
a mí me sucederá
lo que todo el mundo sabe
que un día le pasará.
Así son las cosas, hijo,
aquí acaba el acertijo.
¡Muy pronto me ocurrirá!»

Otra vez se oyó aquel sollozo y Atreyu, que no entendía por qué lloraba Uyulala, se apresuró a preguntar:

«¿Por qué estás tan triste? Te tengo cariño.
Eres aún muy joven. Tienes voz de niño.»

Y otra vez resonó como un eco:

«Pronto me iré con el viento.
Soy sólo una voz que gime.
El tiempo dura un momento,
de modo que dime, dime:
quiero saber qué te optime.»

La voz se había extinguido en algún lugar entre las columnas y Atreyu, que no podía oírla ya, volvió la cabeza hacia todos los lados. Durante corto tiempo reinó el silencio y luego la voz se acercó otra vez rápidamente desde lejos, sonando casi impaciente:

«Uyulala es respuesta. ¡Debes preguntarle!
Si no se lo preguntas, ¿cómo reprocharle?»

Atreyu gritó:

«Uyulala, escucha, quisiera entenderlo:
¿Por qué tienes pronto que dejar de serlo?»

Y la voz cantó:

«La Emperatriz está enferma
y con ella el reino fantástico.
La noche traga al que duerma
y también lo que me es más básico.
Iremos a Nuncajamás
como nunca hubiéramos ido.
Ella tiene otro nombre más
y con él volverá su sentido.»

Atreyu respondió:

«Responde, Uyulala: ¿cómo salvaré su vida?
¿Cómo daré un nombre a la Emperatriz dormida?»

Y la voz continuó:

«Oye atento la palabra mía
aunque tú no la entiendas ahora.
Guárdala a partir de este día
y prosigue tu ruta en buen hora.
Al llegar el momento adecuado,

búscala por el mar olvidado,
muéstrala como es, como suena,
otra vez a la luz y a los vientos.
Sólo tú, con palabra serena,
lograrás aliviar sus tormentos.»

Durante un rato sólo se oyó un lastimoso sonido sin palabras y luego, de pronto, la voz sonó muy cerca de como si le hablase al oído:

«¿Quién os dará nuevo nombre
Emperatriz Infantil?
Ni tú, ni yo, aunque te asombre,
ni los elfos, ni otros mil.
Nadie os libraré del mal
y nadie podrá sanaros.
Somos un cuento trivial,
personajes poco claros.
Sueños de amor y cariño,
hemos de ser siempre iguales,
sabio o rey, o viejo o niño,
no nos valdrán como tales.
Pero, lejos de esta tierra,
existe un mundo exterior,
y allí, casi siempre en guerra,
habita un ser superior.
Los hijos de Adán se llaman
los habitantes terrestres,
las hijas de Eva reclaman
que lo que sabes demuestres.
Todos tienen desde antiguo
la facultad de nombrar,
y a la reina, lo atestiguo,
siempre lograron curar.
Le dieron nombres magníficos,
pero eso fue en otra era.
Los hombres son muy científicos,
pero se han quedado fuera.
Hoy día se han olvidado
de que somos realidad,
mas ¡si hubiera un esforzado
que quisiera de verdad!
¡Si creyera sólo uno
y escuchara el llamamiento!
Si no podemos, ninguno,
ellos pueden al momento.
Pero ese mundo es su mundo
y allí no podemos ir...
¿Recordarás, muy profundo,
lo que acabo de decir?»

–Sí, sí –dijo Atreyu confuso. Se esforzaba cuanto podía por grabar en su memoria lo que escuchaba, pero no sabía para qué y, por eso, no comprendía de qué hablaba la voz. Sólo se daba cuenta de que era importante, muy importante, pero el canturreo y el esfuerzo por oír y decirlo todo en verso le daban sueño. Murmuró:

«¡Quiero hacerlo! Y lo diré sin tropiezo,
pero contesta, Uyulala, ¿cuándo empiezo?»

Y la voz respondió:

«Eso debes resolverlo,
puesto que ahora ya sabes.
Y por eso, para hacerlo,
lo mejor será que acabes.»

Medio dormido ya, preguntó Atreyu:

«¿A dónde vas?
¿No volverás?»

Ahora había otra vez aquella especie de sollozo en la voz, que se alejaba cada vez más mientras cantaba:

«La Nada llegando está
y los oráculos callan.
La voz enmudece ya
y sus sonidos estallan.
De todos los que vinieron
hasta este bosque de piedra
y esos sonidos oyeron,
serás tú el que no se arredra.
Quizá puedas conseguir
lo que nadie ha conseguido
pero, si quieres seguir,
¡recuerda el canto dormido!»

Y luego, desde una distancia cada vez mayor, Atreyu escuchó otra vez las palabras:

«Todo una vez solamente acontece
y una vez sí deberá suceder.
Lejos, allí donde el campo florece,
debo morir y desaparecer.»

Y eso fue lo último que oyó.

Se sentó junto a una columna, apoyó la espalda en ella, miró al cielo nocturno e intentó comprender lo que había oído. El silencio lo rodeó como un manto blanco y pesado, y Atreyu se durmió.